

# El rey y Corazón de Fuego

Rlye W.

Image not found.

# Capítulo 1

## Therlas

La mañana en la que los reyes del pueblo del norte, Therlas, fueron asesinados, había nacido soleada y brillante. Las labores en la plaza habían transcurrido con total normalidad: el mercado se había abierto con el canto del primer gallo, la caballeriza había puesto en funcionamiento los establos para las lecciones de los nuevos reclutas justo cuando el sol se filtró por detrás de las montañas, y las clases en la academia se reanudaron en cuanto el desayuno fue servido y retirado de las mesas. Yo me encontraba en una de aquellas mesas. No era una estudiante regular, sin embargo, tenía algunos tutores que me habían invitado en medio del espeso ambiente político que se había respirado en los últimos meses. Se trataba de clases bastante llanas y sencillas, remedios que niños de seis años sabían hacer con una facilidad que a mí todavía me sorprendía; historia antigua que los párvulos aprendían casi desde que daban sus primeros pasos, y por supuesto, los principios básicos del ritmo y la melodía de los páramos en los que había habitado durante los últimos ocho meses.

El clima del norte me resultaba agradable, especialmente en mañanas como aquella, donde el sol y el frío viento se encontraban en un dulce abrazo. Había aprendido a vivir bajo las normas de aquella ciudad, y a pesar de que era fácilmente reconocida como extranjera por el color de mi cabello y mis ojos, también había conseguido obtener el respeto de algunos de los habitantes de la zona. Mi nombre, Dhyla, no tenía peso político ni contaba con el renombre del ejército o alguna otra institución que lo respaldara, sin embargo, poco a poco comenzaba a ganar reputación entre los miembros de algunos círculos que movían a Therlas. En la lengua común, Dhyla significa corazón de fuego, y por eso muchos, al hablar de mí se referían a mí únicamente como "Fuego".

A pesar de que el pueblo del norte no era ajeno a los extranjeros y de que había regiones completas de la ciudad habitadas por los mismos, mi llegada no pasaba desapercibida para los pueblerinos, quienes no obstante a sus esfuerzos, no lograban ocultar su curiosidad. Me había acostumbrado a sus miradas también.

Lo que sí me tomó por sorpresa completamente fue lo que ocurrió con la muerte de los reyes. Primero se escucharon las campanas de la catedral retumbando. Era un sonido largo y ominoso, cargado con pausas donde el mundo entero parecía detenerse también. Luego de siete repiques, los cañones comenzaron a disparar. Era como si una guerra estuviera desatándose. Yo iba de camino al despacho del profesor Fules. Avanzaba por un pasillo estrecho de amplios ventanales. A través de los sucios cristales pude observar los estandartes azules con dorado cayendo desde

las torres del castillo. El emblema del león coronado se mecía suavemente con la brisa que pasaba. Los guardias se colocaron a lo largo de los caminos de ronda con sus brillantes armaduras y tocaron las trompetas en un lamento fúnebre.

Una estampida de pasos invadió la ciudad. Todos empezaron a dirigirse hacia el castillo entre murmullos y miradas temerosas. Las madres llevaban a sus hijos pequeños en brazos, las doncellas corrían terminando de colocarse sus ropas, mientras sus amantes las llevaban casi arrastradas por el brazo, incluso los ladrones se veían atraídos hacia la multitud con un objetivo además de aprovecharse de la frenética escena que se desenvolvía como las velas en altamar.

En esos momentos todavía no llegaba a comprender lo que sucedía en la ciudad. Los rituales fúnebres eran muy diferentes a los que se manejaban en mi país y aquellas eran costumbres de las que nadie me había llegado a hablar hasta entonces. El profesor Fules salió de su despacho con prisa, arrastrando la túnica color verde que llevaban todos los académicos de mayor grado. Aunque escaso, su despeinado cabello me decía que la mañana todavía no había pasado sobre él, como pasaba demasiado a menudo. Su mirada pasó por mí, rápida y nerviosa, y continuó caminando a mi lado con prisa. Al verme tan desconcertada, sin embargo, dijo entre dientes:

Esto no es algo bueno, niña.

Lo seguí sin ser capaz de pronunciar palabra alguna. Él avanzaba con su rostro crispado y los puños apretados con fuerza, haciendo que las venas en sus manos se marcaran todavía más de lo que normalmente lo estaban.

Salimos a la plazoleta de la academia, donde algunos profesores y alumnos hablaban con temor y sorpresa. Las palabras muerte, enfermedad y asesinato se volvieron recurrentes. ¿El rey, la reina o la princesa? Eso era lo que quería preguntar, sin embargo, no tenía el valor o la potestad de hacerlo en mi posición de extranjera. El profesor Fules me miró de reojo y me dijo con suavidad:

Creo que lo mejor será que empaques tus cosas en este momento, cuando las cosas no se han complicado tanto.

Algo en su mirada me decía que lo mejor era obedecerle sin preguntar nada, pero una fuerza más grande en mi interior me lo impedía, y eso, eran las consecuencias que la muerte de quien quiera que fuese del reino del norte, tendría en mi propio pueblo. Además necesitaba estar informado de primera fuente sobre lo que estaba ocurriendo y lo que iba a ocurrir. Cualquier escenario, cualquier muerte por parte de algún miembro de la realeza afectaría sin lugar a dudas a nuestra ciudad, y eso era algo para lo

que teníamos que estar listos. Miré al profesor Fules y di un fuerte asentimiento, esa sería la última mentira que intercambiaríamos, una que el profesor Fules tampoco me creería.

Salí de la academia y rápidamente me acerqué al castillo. Debía esperar el anuncio oficial antes de partir. Calculé el dinero que tenía a mi disposición. Tres días atrás había pagado por mi habitación en la posada para dos meses más. Tampoco había recibido el pago por los manuscritos que había traducido dos semanas antes. No había tiempo para vender mis libros de estudio, no podía vender mis armas ni mi caballo, además de que necesitaba comprar provisiones para los cinco días de viaje que tenía por delante. Eso me dejaba muy mal parada, sin embargo, había estado en peores circunstancias. Además, el dinero de Therlas no me serviría fuera de sus fronteras.

No pasaba nada, podía salir adelante. Tampoco era el momento para estar pensando en ello. Me acerqué al dueño de la herrería, su tienda tenía ese característico aroma metálico y aquel vapor sofocante de siempre. Las calderas ya estaban al rojo vivo cuando llegué allí. El hombre tenía el ceño fruncido, no despejaba la vista de los ladrillos del castillo. Tras una mirada fugaz, comprendió mi confusión.

En cualquier momento aparecerá el alto sacerdote a dar la noticia. ¿Sabe algo de lo que pasó? –me animé a preguntar. Nadie lo sabe –respondió mirándome por encima de su poblado bigote. –Nos ha tomado a todos por sorpresa. Escuché que podría tratarse de una enfermedad –quise tantear el terreno. Durante mi tiempo en Therlas había descubierto que la mejor forma de sacarle la verdad a alguien de allá era diciendo algún rumor o mentira. Las personas de ese lugar respetaban muchísimo la verdad, tanto que una mentira podía ser un crimen más grave que un robo o un asesinato. No escuches esos rumores. No hay forma de saber lo que ocurrió. Todavía no bajan el puente levadizo, así que desde anoche nadie ha salido del castillo. Pudo ser cualquier cosa: un envenenamiento, un asesinato a sangre fría con una daga, un accidente en las escaleras, ilo que sea! Lo único que espero es que no sea la princesa Ilesya. Ambos reinos sufrirían si ese fuera el caso –respondí mirando con seriedad hacia el cielo.

La mañana comenzaba a nublarse. Densas nubes negras que viajaban del oeste se acercaban a gran velocidad.

Ambos reinos sufrirían... en la superficie. Pero lo cierto era que, para nosotros, para el pueblo de Fhorem, aquella unión sería claramente una derrota. Todo por lo que habíamos estado luchando cambiaría de acuerdo a los planes de Therlas.

Al cabo de unos minutos, apareció el alto sacerdote. Era un hombre de rostro largo y circunspecto. Iba ataviado con un traje que no había visto en ninguna de las ceremonias religiosas a las que había atendido. Detrás de él, cuatro monjes con túnicas oscuras y cabezas gachas, lo seguían.

El alto sacerdote se colocó en el medio de la muralla central, y dos monjes se colocaron a cada uno de sus lados. Antes de iniciar el discurso, el hombre recitó la oración matutina y la oración de las almas. Ya no me quedaba la menor duda de que realmente había fallecido uno de los miembros de la realeza de Therlas.

La princesa.

Debía ser la princesa.

Eso era lo que deseaba desde lo más profundo de mi corazón. De otra manera, las cosas se complicarían todavía más, y la unión entre Ädem e Ilesya se precipitaría sobre nosotros.

Con un gran dolor en el alma y el corazón, como simple mortal que soy y que se ampara a los misericordiosos deseos de los dioses que cuidan del día y de la noche, y como representante del pueblo y alto sacerdote de Therlas, tengo un triste anuncio que dar. –Comenzó a decir el anciano extendiendo sus brazos a la congregación que lo veía a lo alto de las murallas del castillo. –Es mi deber, como mensajero de lo santo y lo divino, pero también de lo justo y lo terrenal, compartirles la triste noticia de un hecho que a todos nos sorprende y que, en nuestras limitadas facultades como seres humanos que somos, nos resulta incomprensible. Esta mañana, el rey de Therlas, Fhael de Lornea, y la reina de Theras, Zalya II de Irsis, abandonaron la tierra que los acogió y los bendijo tras haber sido asesinados. –El más profundo silencio se apoderó del pueblo. Se podía sentir que la sangre de sus habitantes se quedaba helada, mientras que, al mismo tiempo, el cielo se ennegrecía cubierto por aquellas implacables nubes. El sacerdote miró a su congregación tratando de enmascarar el dolor que su alma profesaba, pero el temblor de sus dedos anulaba el efecto. –Sus funerales se realizarán, de acuerdo a los santos preceptos, dentro de dos noches, y la coronación de la princesa Ilesya I de Therlas, se llevará a cabo, como establece la ley en cuanto cumpla la mayoría de edad, es decir, dentro de siete lunas. Sin embargo, el mando del castillo quedará en sus manos incluso antes de su coronación a falta de otro descendiente que lo reclame. Que los dioses nos protejan y nos acompañen hasta que llegue el nuevo amanecer. Que los dioses nos protejan y nos acompañen hasta que llegue el nuevo amanecer –respondieron todos al unísono.

El pueblo entero se arrodilló hasta tocar el suelo con la frente. Yo era la única que estaba de pie en medio de ese mar de personas. Sentí, desde lo alto de una de las torres, la mirada de un caballero que se había clavado

sobre mi piel. Poco a poco las personas se levantaron, y con el pesar arraigado a sus cuerpos, comenzaron de nuevo la jornada. Reinaba la confusión y el malestar. No muchas personas hablaban, y si lo hacían era para recitar oraciones para el pueblo que ahora sería reinado por una joven e inexperta muchacha.

Cuando llegué a la posada a recoger mis objetos personales, los guardias comenzaban a llenar las calles. Sus armaduras resonaban incluso hasta el tercer piso donde me encontraba. Algo en la muerte de los reyes me dejaba inquieta, más de lo que debería. Sabía que la información llegaría eventualmente a Adem, y que probablemente sería mucho antes de mi llegada, y eso me dejaba la libertad de poder investigar más acerca de aquel siniestro acontecimiento, pero al mismo tiempo, me impulsaba a regresar a Fhorem por un extraño sentimiento de necesidad... necesitaba estar con Adem... y necesitaba protegerlo.

Desde mi llegada a Therlas, aquel parecía ser el momento más crucial que había encontrado. ¿De qué manera podía ser más útil para él? ¿Qué tanta información podría obtener y qué tan valiosa sería como para que realmente mi permanencia en Therlas rindiera verdaderos frutos?

De momento podía aducir que el asesinato de los reyes era un método para acelerar la llegada al trono de la princesa. Pero eso era parcialmente cierto. Aunque los derechos sobre Therlas estaban ahora en manos de Ilesya, su coronación no sería sino hasta dentro de varios meses. Me maldije mentalmente al no conocer a mayor profundidad las leyes de Therlas para esos momentos. ¿Qué ocurriría si le pasaba lo mismo a la princesa y la asesinaban? La línea sucesoria de la familia acababa con ella, y en ese caso ¿quién se quedaba con el trono? En algunos reinos lo normal era que la autoridad religiosa lo hiciera, pero ¿eso quería decir que las palabras del alto sacerdote habían sido todo un acto, una mímica de dolor? No era tan difícil de creer tomando en cuenta la incontable cantidad de veces que había ocurrido en la historia de la humanidad. De todas maneras, algo me decía que aquel no era el caso. Otra posibilidad era que el trono fuese adquirido por alguna prominente figura de la ciudad, o algún reino adjudicado a Therlas, pero entonces sería un proceso mucho más complejo. Sabía que en Therlas había cinco lores que cuidaban pueblos remotos del reino, así que quizá podría ser alguno de ellos.

Necesitaba saber.

Necesitaba saber qué ocurriría si la princesa era asesinada también. El hecho de que no hubiese salido del castillo podía ser una señal. A lo mejor también habían intentado atentar en contra de su vida, pero no habían

tenido éxito.

Al terminar de empacar mis pertenencias, salí sigilosamente de la posada, dejando la llave pegada a la puerta. No quería que resultara evidente mi partida. Cuando salí a la callejuela que conectaba con la plaza central, encontré un aviso pegado en las paredes de todos los negocios y en algunas casas: "Por decreto real todos los establecimientos permanecerán cerrados hasta que hayan finalizado las obras fúnebres del rey de Therlas, Fhael de Lornea, y la reina de Theras, Zalya II de Irsis".

Eso quería decir que la academia y la biblioteca permanecerían cerradas. Eso reducía mi rango de búsqueda. Lo peor del caso era que la academia mantenía a los profesores enclaustrados en sus instalaciones cuando permanecía cerrada. Las posibilidades de dar con algún académico que me explicara con calma y sin sospechas la herencia de poder del reino, eran sin duda reducidas.

Lo único que me quedaba por hacer era escuchar, prestar atención a las conversaciones ajenas y tratar de dilucidar la verdad en ellas.

Estaría mal visto que me fiara únicamente de rumores, pero de momento era todo lo que podía hacer. No podría ni si quiera comprar provisiones en caso de realizar un viaje de vuelta a casa.

Caminé por las adoquinadas calles, y eran muy pocas las personas que quedaban en ellas. El pueblo entero parecía agonizar. Los reyes habían sido amados y respetados por su pueblo, y la incertidumbre los acechaba. Traté de imaginar si lo mismo ocurriría en Fhorem. Un mundo sin Ädem... ni si quiera era capaz de visualizarlo, pero algo me decía que la reacción sería bastante distinta a la que veía.

En la plaza, unas cuantas viudas lloraban alrededor de la fuente. La herrería estaba ahora cerrada, la chimenea lanzaba pequeñas motitas grises, lo que significaba que estaban apagando las calderas.

No había caso. La desesperación me invadió, algo me decía que permanecer ahí y esperar a las obras fúnebres sería una inminente pérdida de tiempo. Además, probablemente Ädem me estaría esperando.

Me dirigí entonces al establo. Los dueños estaban guiando a los caballos a sus cuadras. El mozo que los dirigía desde atrás notó mi presencia en cuanto llegué.

Vas a partir por lo que veo. –comparado con el resto de personas con las que me había cruzado en el camino, él no se mostraba tan decaído. Su nombre era Nell. Siempre me había agradado. Creo que algunas cosas también cambiarán en mi pueblo –le dije, alzándome de hombros.

Ya lo creo. Siento que todos tenemos un poco de miedo de lo que podría pasar. Los reyes tenían el corazón de este pueblo. Será difícil que alguien se les iguale –replicó Nell mostrando su resignación. Los otros dos mozos que iban adelante, salieron del establo, dejando a Nell para terminar el trabajo.

¿Ni si quiera la princesa? –pregunté con cautela.

No me malinterpretes, la princesa es también excepcional. Con padres como esos, ¿cómo no lo sería? Sin embargo, muchas cosas podrían ocurrir de aquí a su coronación. Creo que eso es lo que más nos preocupa a todos. –explicó él con calma.

¿Quieres decir que alguien más podría reclamar el trono?

Muchas cosas podrían pasar. Lo que resulta extraño es que no intentaran asesinar antes a los reyes. Therlas es un país privilegiado, demasiado para su propio bien. Pero me imagino que eso ya lo sabes, estuviste acá por bastante tiempo, ¿no es así? –me preguntó mientras los dos avanzábamos dentro del establo para llegar a la cuadra donde se encontraba mi caballo.

Así es –le respondí pensativa. Era verdad, Therlas tenía grandes ventajas sobre otros pueblos, Fhorem incluido. Tenía amplios campos fértiles. Estaba cerca de las montañas, pero no tan cerca como para sufrir de alguna catástrofe. Tenía vías fluviales por las que pueblos enteros se disputaban y, además, su clima era ideal durante las cuatro estaciones. Sin lugar a dudas era un lugar bendecido por los dioses.

Estando en un momento vulnerable como este, cualquiera es capaz de tomar ventaja de ello. Además, en cualquier instante vendrán los cinco lores de Therlas, cualquiera de ellos podría acercarse a la princesa, pedir su mano y hacerse del reino.

¿Los lores no son buenas personas? –continué preguntando. Si eso ocurría, la unión entre Therlas y Fhorem se convertiría en una fantasía. ¿Qué pensaría Ädem al respecto? La mayoría de los súbditos daban ese matrimonio por sentado en ambos reinos. Al menos eso era lo que se había estado discutiendo durante el último año. Los reyes de Therlas habían persuadido a Ädem al respecto, y con el paso del tiempo, su punto de vista se había vuelto más flexible. Quizá los consejeros tuvieran parte de la responsabilidad en su cambio de mentalidad. Pensándolo de esa manera, la unión al interior del pueblo podía resultar en una de las posibilidades más probables por cumplirse. Eso era algo para tomar en consideración.

Algunos lo son –contestó Nell, –pero no todos conocen la realidad de nuestro pueblo, y algunos otros tienen ambiciones que van más allá de lo que podrías imaginar.

¿Qué pasaría si... algo le ocurre a la princesa? –pregunté, tratando de ocultar mi ferviente curiosidad por inocencia.

Ten cuidado con esa clase de preguntas –Nell dijo esas palabras con una sonrisa condescendiente. –Si alguien que no te conoce te escucha decir eso, podría pensar que eres parte de la conspiración.

Lo siento –dije, me sentía un poco avergonzada y arrepentida por aquel traspié.

Te conozco, conmigo no tienes de qué preocuparte. Es solamente un consejo –me dijo con calma. –Si algo llegara a pasar con la princesa, entonces todo se complicaría más. Alguno de los cinco lores sería elegido rey, pero para llegar a eso, se llevaría a cabo una serie de pruebas que demuestren cuál de ellos es el más indicado. Después se realizarían audiencias desde los pueblos en los que rigen para determinar otros de sus dones. Y finalmente deberán recibir la bendición del alto sacerdote. Es un asunto difícil –le dije cuando llegamos a la cuadra de Agnar, mi caballo.

Así es, también inesperado, pero es algo que debemos superar. –Nell abrió la portezuela, la cual gimió suavemente.

Te agradezco por toda tu ayuda y por cuidar tan bien de Agnar –le dije, mientras comenzaba a colocarle la silla y mis alforjas al caballo.

No fue nada. Agnar es un gran caballo –dijo Nell ayudándome a asegurar las fajas y las correas.

Espero que volvamos a vernos, Nell –le dije, hablando con total sinceridad. Ahora que me iba, tenía una sensación agri dulce. Había llegado a guardarle aprecio a muchas personas de aquel reino. Aunque inicialmente no habían sido mis intenciones, el resultado había sido inevitable. Simplemente se habían ganado mi corazón y parte de mi confianza.

Yo espero lo mismo –contestó, mientras tomaba de mi mano para ayudarme a subir a Agnar. –Fue un placer y un honor haberte conocido, Dhyla.

Dicho esto, me besó con delicadeza la mano. No supe qué más hacer aparte de sonrojarme y galopar hacia la salida del establo. ¿Qué pensaría Adem si me viera de esa manera? No lo sabía, pero al menos tenía la certeza de algo, y era de lo ansiosa que me encontraba de volver a verlo.

## Capítulo 2

### El mago

Cabalgué durante varias horas antes de detenerme a buscar agua y frutas para alimentarme y llevar durante el viaje. Tenía algunas provisiones como pan, queso y carne seca, pero no quería utilizarlas a menos que fuese realmente necesario.

El trayecto resultaría más sencillo en comparación a mi llegada a Therlas. El primer viaje que realicé había sido durante la época lluviosa. El camino era casi irreconocible y el terreno agotaba demasiado pronto a Agnar. Ahora mi caballo pastaba plácido, sin signos de cansancio. Acaricié su lomo con suavidad. Habían cuidado realmente bien de él en las caballerizas de Therlas.

Busqué el mapa y comencé a ojearlo. Tenía más de cuatro días de viaje por delante si utilizaba la misma ruta con la que había llegado. Debía existir un camino que acortara las distancias. Sabía que sería peligroso si no utilizaba el camino real, los ladrones y asesinos abundaban en los páramos, y por el simple hecho de ser una chica totalmente sola, me convertía en un blanco fácil para muchos. En otras circunstancias quizá no me importaría tanto, sin embargo, en esta oportunidad no podía arriesgarme, debía llegar en una sola pieza, y entre más pronto, mejor.

Recogí mis cosas y me puse en marcha una vez más. Mis alforjas eran más pesadas ahora que llevaba más suministros para el camino. Tal vez en el trayecto daría con algún mercader con el cual pudiese compartir la ruta, muchos de ellos se desviaban del camino real después de sus fronteras para evitar la revisión de su mercancía y el cobro de impuestos. Esa era una manera en la que podía matar a dos pájaros de un tiro: acortar el camino, y al mismo tiempo contar con compañía.

Retomé la marcha por unas cuantas horas más, esperando que la suerte me alumbrara en cualquier momento. El escenario que me rodeaba se había vuelto monótono y aburrido. Me parecía que los mismos árboles al lado del camino se repetían incansablemente. Sabía que esas impresiones, y las de sentir que no estaba avanzando en absoluto, no eran algo distinto a las ansias cegando mis sentidos. No obstante, me parecía que incluso el sol se había mantenido en el mismo punto de la cúspide celeste por demasiado tiempo.

Bajé de mi caballo y me adentré una vez más al bosque, como lo había hecho hacía tan solo unos instantes atrás. Lo que vi me desconcertó. En el suelo estaban marcadas mis huellas y los cascos de Agnar, también habían quedado en el suelo los corazones de las frutas que habíamos comido horas antes. Me acerqué para inspeccionar con mayor

detenimiento esas infaustas evidencias, pero no cabía duda, aquellas eran nuestras huellas, las marcas que habíamos dejado atrás.

Algo extraño estaba ocurriendo. Por primera vez comencé a pensar que aquello podría ser un mal sueño. Podía ser incluso que la muerte de los reyes de Therlas no fuese otra cosa que una fantasía salida de mi imaginación.

Pero era imposible. Por más que yo misma quisiera convencerme de ello, mi razón era mucho más fuerte. ¿Cuántas veces no había sido así? Desear con tal fuerza que la realidad fuese distinta, solo para caer en cuenta que esa clase de pensamientos solamente me dañaban a mí. No quedaba nada más opción que enfrentar ese nuevo camino que comenzaba a desdoblarse delante de mí.

Me levanté y observé alrededor. Todo estaba sumamente silencioso, lo cual lo hacía todo aún más extraño. Antes había notado un río que pasaba muy cerca de ahí, lo había escuchado.

Comencé a caminar en aquella dirección, y sin tener la posibilidad de avanzar al menos tres pasos, sentí el filo de una daga en mi cuello. El frío metal apenas había rozado mi piel, pero esta ya estaba manando una delgada línea de sangre.

La daga ahora se balanceaba de un lado al otro, flotando en el aire. Al mirar con más cuidado, noté que estaba atada a la rama de un árbol con un hilo que se veía translúcido. Era una trampa.

Me pregunto cuánto tiempo podías haber tardado -dijo una voz desde mis espaldas.

Me volví lentamente y lo descubrí entre la copa de un árbol. Su cabello era oscuro, al igual que sus ojos y su vestimenta; todo ello contrastaba con lo blanco de su piel. Nunca había visto a otra persona, además de Adem, cuyo cabello fuese tan oscuro. Viéndolo bien, su rostro mantenía también cierta similitud con la de él.

¿Quién eres? - le pregunté, mostrando menos calma de la que procuraba tener.

Oh, entonces no lo hice tan bien -contestó él visiblemente decepcionado. De un salto bajó del árbol, mientras su apariencia mutaba. Ahora su cabello era de un blanquísimo color rubio, su piel se mantuvo pálida y sus ojos se tornaron de un intrigante color azul. Al mismo tiempo, pareció envejecer algunos años. Mi atacante, sacó una vieja y arrugada hoja que mostraba una ilustración bastante mala de quien, según se indicaba abajo del dibujo, era Adem. -Es difícil tomar la forma de alguien que pocas personas han visto. No creo que sea algo bueno para un reino que sus

súbditos no sepan cómo se ve su líder.

Aquellas palabras consiguieron que mi malestar se incrementara. Lo que Ädem y nuestro reino hicieran, no era asunto de ese ni ningún otro extraño hombre. Pero incluso más que eso, el hecho de que esa persona quisiera hacerse pasar por Ädem, me hizo enfurecer todavía más. Debía contenerme, no tenía opción. Las condiciones eran demasiado desfavorables para mí. El tiempo corría en mi contra, y si ese hombre podía mutar o causarme alguna clase de alucinación, tenía todas las de perder. Observé los corazones de la fruta con discreción, tratando de adivinar si acaso había sido tan ingenua de consumir algún veneno o poción que hubiese estado allí desde el inicio.

Si hay algo que necesites de mí, agradecería que me lo digas en este momento -me estaba esforzando en mantener un temple sereno y moderado, que enmascarara lo que realmente sentía, cuya punzada me hacía daño con cada palabra que pronunciaba. Todo en ese hombre me hacía pensar que sus planes eran los de provocarme. ¿Qué te parece si antes nos conocemos un poco mejor? ¿Te molestaría si te acompaño un rato durante el camino? Prometo que esta vez sí podrás avanzar. Lo de antes era una diversión... Necesitaba hacerme notar. -dijo con una sonrisa que hizo que el estómago se me revolviera.

¿Por qué alguien como él tendría interés en conocerme? Mi reputación no era tal que pudiese acarrear a alguien así en mi camino. La forma en la que se expresaba me hacía dudar de mis propias acciones, y casi me parecía que él sabía mejor que yo, mis propios planes. De otra manera, la emboscada no hubiese sucedido de esa manera.

Me dirijo a Hölz, no sé si ese lugar te es conveniente -contesté, tanteando el terreno.

Hölz está bien -replicó él encogiéndose de hombros.

Si iba a Hölz tendría que desviarme muchísimo de la ruta que tenía planeada. Era una pesadilla, un desperdicio de tiempo incomparable. Pero tampoco podía guiar a esa persona hasta Fhorem, y mucho menos hacia Ädem. Si él había tratado de utilizar a Ädem como señuelo, significaba que debía tener una noción de lo importante que era para mí.

Entonces iremos a Hölz.

Subí al lomo de Agnar y avancé despacio de regreso al camino que había abandonado. El hombre me siguió un poco más atrás, caminando sin llevar alguna pertenencia visible. Sentía su mirada clavada en mi espalda, y al mismo tiempo, sentía su burla hacia mí.

El cielo comenzó a teñirse de un implacable color dorado. El camino seguía extendiéndose ante nosotros sin mucha variación, pero esta vez no me quedaba la menor duda de que estuviésemos avanzando. Habíamos pasado dos puntos de control. La presencia de mi acompañante parecía ser inexistente para todos los demás. Ningún guardia real se detenía a observarlo, ninguno de ellos le habló o hizo señales que lo pusieran en evidencia. Por un lado, podía deberse a que no llevaba pertenencias que cargar; pero, por otra parte, sentía que él era el responsable de causar ese efecto, o, mejor dicho, la ausencia del mismo.

El trayecto entre los dos había sido invadido por el más sepulcral silencio. Este se colaba como bloques de hielo que hacían parecer que la distancia que nos separaba eran mundos enteros.

En todo ese tiempo, mis pensamientos no lograban ponerse en orden, sentía que mis ideas estaban en una clase de adormecimiento ocasionado por él. Quizás estaba jugando conmigo, quizás había puesto un hechizo a mi alrededor. Lo que no me dejaba dudas era que ese hombre, cuyo nombre aún no llegaba a conocer, poseía un poder mágico, algo que lo hacía muy distinto a una persona normal como yo.

Pensar en eso, me trajo ciertos recuerdos, cierta amargura... y me hizo pensar en Adem una vez más. No podía permitir que se acercara a él. A como diera lugar. Debía tener un punto vulnerable, algo que aún no hubiese descubierto todavía. El cansancio no parecía afectarle, aun cuando había caminado sin descanso por tantas horas ya. Tampoco sufría los embates del hambre, no se había alimentado, ni había buscado algo para comer en todo ese tiempo. ¿Qué otra cosa sería capaz de soportar?

Este me parece un excelente punto para descansar –me dijo, al cabo de unos minutos. Las estrellas empezaban a salir, formando las constelaciones que guiaron a nuestros ancestros, y de las que ahora se contaban magníficas historias.

Le observé en silencio, tratando de leer sus intenciones, pero la cándida mirada y la sonrisa que curvaba su boca, no me daban ni la más mínima claridad en ello. Era enigmático y me hacía pensar que sabía más de todo lo que ocurría en el mundo que todos los demás. Especialmente que yo.

De acuerdo – accedí de todas maneras. Después de aquel día entero de viajar, yo definitivamente no me veía tan fresca y vivaz como él. Sentía que mi piel se había quemado un poco a causa del sol y del viento. Además, las articulaciones de mi cuerpo ya estaban rogando clemencia ante la escasez de movimiento bajo la que había estado expuestas. Tenía que pensar también en Agnar y el resto del viaje que teníamos por

delante.

Bajé del lomo de mi caballo y comencé a liberarlo de la silla y sus pesos. En un gesto que me conmovió, Agnar pareció agradecerme.

Lo siento mucho –le dije, acariciando su cuello con ternura, al mismo tiempo que sacaba de la alforja un fruto y lo alimentaba con él. –Prometo que al llegar a casa recibirás una gran recompensa.

Al volver mi vista hacia atrás, pude darme cuenta que aquel hombre observaba pensativo una fogata que segundos antes no estaba. Pese a sospechar de sus poderes, aquello no había dejado de sorprenderme.

¿Te parece que es demasiado grande? –preguntó él, mirando las llamas danzar.

La observé en silencio unos instantes, y por una fracción de tiempo, me pareció ver que las brasas adquirirían una forma distinta: eran un corazón, un corazón de fuego. Se me heló la piel, y estoy segura que palidecí al verlo o al creer verlo. Levanté mi vista hacia él, pero se mantenía como antes, impávido y sereno, como una máscara que no mutaba su expresión.

Quizás un poco –repliqué, sintiendo en mi pecho el latir de mi corazón como el retumbo de un tambor.

El fuego se hizo un poco más pequeño, y sus colores se volvieron más brillantes. Tras amarrar a Agnar a un árbol, recolecté el valor que me quedaba, y me acerqué a él.

Dijiste que querías que nos conociéramos –empecé a decir, esperando que mi propio temor no resultara tan evidente – y, sin embargo, hasta ahora no habías soltado una sola palabra.

Te estuve observando –contestó, alzándose de hombros. –Es la mejor forma de conocer a alguien. Es en lo ordinario y lo que parece invisible para los demás, donde se descubre todo lo que es relevante.

Y un ejemplo de ello sería...

La impaciencia sientes –dijo, mirándome directamente a los ojos. Estos brillaban intensamente, reflejando la luz de la fogata. –Lo complicado quizás es descubrir cuál es la razón: necesitas llegar pronto a tu hogar, tienes un mensaje importante que dar, deseas que yo deje de ser un obstáculo en tu camino... sientes que se te está acabando el tiempo y las opciones, y que el bienestar de los dos reinos depende en gran medida de ti, te sientes impaciente por tu condición, por tu debilidad, por la falta de información... Me pregunto cuál opción será... ¿o acaso serán todas?

Permanecí en silencio por unos segundos, tratando de digerir todo lo que

había dicho.

Eso no se aprende con una mirada.

Con una muy buena, sí.

Entonces deberías enseñarme tus trucos –lo reté, con una sonrisa irónica. Creo que ya los sabes usar, solo es cuestión de perfeccionarlos. ¿Por qué no hacemos la prueba? ¿Qué tanto sabes de mí ahora?

¿Si acierto me lo dirás? –pregunté esta vez.

Si aciertas, tú sola lo sabrás.

De acuerdo –accedí. Todas las teorías disparatadas que habían estado revoloteando en mi cabeza, saldrían a la luz. Aunque me parecieran absurdas, sentía que era la única oportunidad de llegar a conocer al menos, una parte de él. –La forma en la que te expresas me hace pensar que eres mayor de lo que aparentas. Tal vez la forma que tienes en este momento, también es un disfraz, una ilusión. Sin duda, tienes poderes de algún tipo, magia que se alimenta de un lugar desconocido, algo que te da ventaja y facilita mucho tu vida: puedes espiar a las personas, buscar sus secretos y quizá, usarlos en su contra. No tienes problema en ocultar tus intenciones, y piensas saber más que los demás... aunque tal vez, por confiar tanto de tu inteligencia, hayas caído en un grave e irremediable error.

Una vez más el silencio nos cobijó, era como una gruesa capa de nieve, la cual contrastaba con el fulgor de nuestras miradas. Él tenía todavía la sonrisa fresca en sus labios, pero podía ver en sus ojos que mis palabras habían tocado alguna fibra en su interior.

Y tal vez tú peques de lo mismo al confiar excesivamente en tus modestas habilidades –contestó.

¿Entonces me estás dando la razón? –le dije, sintiendo la aparición de una sonrisa llena de satisfacción en mi rostro.

O eso es lo que quiero hacerte creer.

Podría ser –respondí. –Sin embargo, también podría afirmar que esa confianza es falsa. Alguien que se esfuerza tanto en esconder lo que es en realidad, es una persona sumamente temerosa. Muchas veces las cosas que sientes que te dan poder, son las que resaltan tus debilidades.

Imagino que lo dices por experiencia propia.

En cierta medida.

Sin decir algo más, el hombre soltó una fuerte y sonora carcajada, se levantó y se acercó hasta quedar cara a cara frente a mí, tomó mi rostro entre sus manos, y me observó con detenimiento.

Parece que contigo no nos equivocamos –dijo, acercando cada vez más su rostro al mío.

No sé qué fue lo que me hizo actuar de esa manera. No sé si fue él quien me embelesó e hizo que me rindiera ante su mirada con algún tipo de

magia, o si simplemente yo sola me confundí en medio de aquella conversación y ese misterio que emitía, como una placentera fragancia; pero no pude evitar cerrar mis ojos, y esperar con nervios y ansias el contacto de sus labios con los míos. Esos dedos, esas manos que quería e imaginaba que fuesen las de Ädem, me sostenían con firmeza transmitiéndome cierta calidez. Al sentir su beso, me pareció que sus labios se deshacían... y al abrir mis ojos, lo único que había al frente de mí, eran hilos de humo que se entrelazaban para llegar al cielo.

## Capítulo 3

### Agnar

Aquella noche no logré conciliar el sueño. Mi corazón no había dejado de latir con agitación, mientras mis pensamientos se mezclaban entre sí. Los deseos de regresar a casa, al lado de Ädem, y los de comprender si quería o no volver a ver a ese misterioso hombre una vez más, se mezclaban como los colores del ocaso. Aquellas ansias consiguieron hacer que mi viaje iniciara muy temprano a la mañana siguiente. No debía seguir confundíendome de esa manera. Las intenciones de aquel hombre seguían sin ser claras y, aun así, yo era incapaz de repeler su recuerdo. En otras oportunidades, mis problemas de dejar de lado algún hecho desafortunado o desagradable, se resumían a unos cuantos instantes de meditación. Pero sentía que aquel hombre había dejado en mi interior el anhelo de una explicación. Maldije mi naturaleza curiosa, cuya existencia tantas veces había sido mi mejor compañera y guía. Ahora tenía las de perder, y era esa sensación de estar sometida a ese hombre y sus deseos, lo que no me dejaba en paz. Por otra parte, incluso la culpa se había instaurado en mi corazón, pues un trozo de mi interior me decía que lo ocurrido había sido casi un engaño a Ädem.

No.

Ädem entendería. Pero algo me decía con fuerza que lo mejor sería reservarme ese episodio y no decir nada. Sí, aquel sujeto había tratado de tomar la forma de Ädem, pero sus motivos seguían careciendo de claridad, con lo cual, no haría más que darle una preocupación extra a él. Mi prioridad era llegar al reino, al menos eso no había cambiado. Sabía que lo que venía sería decisivo. Difícil, pero sin lugar a duda decisivo para gran parte del continente. Conociendo a Ädem, su silencio sería la respuesta inicial que me daría tras recibir la noticia de mi parte. Aunque quizás alguien más podría dársela antes que yo. Eso significaba que, para el momento de mi llegada, lo que reinaría en él sería la confusión.

Ädem era una persona difícil, y si de personajes enigmáticos se trataba, él podía llevarse el podio. Descifrarlo siempre resultaba en una serie de laberintos por los que debía cruzar sin una linterna que guiara mi camino, con signos contradictorios y señales cruzadas. Pero con el pasar de los años, había llegado a entender las cosas que me hacían llegar hasta él. Al menos podía ufanarme de eso y de lo minuciosa que era en mi labor, de comprender que esos silencios, siempre decían más que sus palabras, y que detrás de las gruesas puertas y paredes en las que se escondía para encontrar una respuesta, estaba la agitación de un huracán.

Esa mañana, comenzaron a desplazarse grandes caravanas por el camino, eso me lo decía la creciente cantidad de guardias reales que se apostaron

a ambos lados del camino. Era eso... ¿o sería acaso algo más? Ninguno de los guardias reales me hacía señales para revisar mis pertenencias o para hacerme alguna clase de pregunta. Sus miradas se posaban sobre mí y me seguían por unos instantes, pero no mostraban un interés particular en mi paso. La vestimenta de los guardias era distinta también, sin embargo, podía deberse a que ya el país de Therlas ya estaba en luto por el fallecimiento de los reyes. Eso significaba que alguien importante, los emisarios o heraldos, tenían noticias que dar. No podía tener la certeza de si acaso el día anterior, algo como eso había ocurrido. Aquel hombre había confundido mis sentidos.

-Agnar, por favor préstame toda tu fortaleza –le dije al oído a mi caballo, y lo hice cabalgar a toda potencia.

Nos detuvimos dos veces únicamente, solo por cinco minutos. La segunda vez que lo hicimos, fue al encontrar una de aquellas rutas que podía usar de atajo. Ahora tenía más certeza de aquel sentido de urgencia que me empujaba, al mismo tiempo que podía sentir el peligro sobre mi espalda. Ignoré por completo los malos presentimientos y las señales de advertencia que cruzaban mi cabeza, y decidí enfocarme en la confianza y la necesidad de llegar a tiempo, por Adem y por nuestro reino.

Pero las cosas no podían salir bien. Nunca lo hacían.

Instantes después de reanudar la marcha, avistamos un grupo más adelante. Era una caravana compuesta por un grupo bastante grande de mercaderes peregrinos. Su vestimenta y color de piel me hacían pensar que no eran de la zona. Además, tenían atada a uno de los postes de la tienda, una bestia que no conocía. Sin saber si acaso fue Agnar quien se puso nervioso, o si la que perdió el control de él fui yo, mi caballo dio un traspíe, provocando que ambos cayésemos estrepitosamente al suelo.

El ruido que ocasionamos, hizo que una bandada de aves alzara vuelo de en medio de las copas de los frondosos árboles que desde hacía varias horas nos hacían compañía.

Me levanté tan pronto como pude, tratando de no prestar mucha atención al dolor que comenzaba a palpitar en distintas regiones de mi cuerpo. Pude ver de reojo que se habían destrozado las mangas de mi camisa, y que mi piel estaba manchada. No quería averiguar si era sangre o tierra lo que cubría mis heridas. Al menos podía caminar casi sin dificultad, y no había ningún dolor tan profundo que me inhibiera en mis acciones. Llegué a Agnar, notando que algunos de los peregrinos que estaban más adelante, se acercaban al sitio donde nos encontrábamos mi caballo y yo. Las cosas no se veían bien, y fue fácil notar una enorme llaga que se había abierto en la pata de mi caballo. El contraste de la sangre con su

pelaje, la hacían demasiado evidente. Agnar no se había levantado todavía, su cuerpo estaba tendido en medio de las raíces y algunas rocas. Me agaché a su lado y pasé suavemente mi mano por su pata, esperando que alguna reacción por parte suya, me indicara qué tan profundo era su dolor. Su respiración estaba algo agitada, pero quería creer que no tenía de qué preocuparme.

-No se ve bien –dijo un hombre corpulento y de avanzada edad. Su rostro estaba prácticamente cubierto por su poblada y canosa barba, y aunque no era muy marcado, su voz mostraba cierto acento que fui incapaz de distinguir. Detrás de él iba una mujer de cabello largo y oscuro, y a su lado, un muchacho larguirucho, dotado de una expresión de odio y desconfianza -. Me parece que ibas demasiado rápido para estos terrenos.

Pese a su expresión alentadora y amigable, sentía que no podía fiarme de él. Quizá la señal más clara, era la barra de metal que llevaba atada su cinto, y el cuchillo que acariciaba el muchacho a su izquierda. La mujer llevaba un cántaro que fácilmente podría lanzar sobre mi cabeza y dejarme inconsciente.

Me levanté con cautela, tratando de distinguir si acaso, desde otros ángulos, más miembros de aquel grupo podrían estarme rodeando.

-Es porque tengo algo de prisa –contesté, arrancando el girón de tela que estaba colgando de mi manga. Comencé a ayudar a Agnar a ponerse sobre sus cuatro patas. Él reaccionó bien, pero no posó en el suelo la que tenía herida.

-No creo que puedas avanzar mucho más con tu caballo así –dijo el hombre, escrutándome con la mirada. Tras una leve sonrisa continuó -. Mi nombre es Kraz-Doh, y ellos son Beha y Khal-Rutz. Somos mercaderes del sur.

-Mi nombre es Dhyla –contesté, siguiendo las costumbres de mi país. En Fhorem debías decir tu nombre a aquel que había compartido el suyo contigo. Era una obligación.

-Es un nombre muy apropiado. Tu mirada y el color de tu cabello me dicen que tu corazón es de fuego –replicó el.

-Conoces muy bien la lengua común y sus significados –señalé. Cuando se es un mercader errante, es una necesidad –contestó él con simpleza -. Nosotros no llevamos prisa. Nos dirigíamos a Therlas, pero tras escuchar la noticia de la muerte de los reyes, tendremos que esperar un poco más para poder ingresar a la ciudad si queremos hacer negocios. Quizá podríamos hacer un intercambio. Nuestros caballos son fuertes y

sanos.

Esas palabras hicieron que se me helara la piel. Definitivamente, la fama de los mercaderes en el mundo no había sido otorgada en vano. En los ojos de aquel hombre se veía el claro reflejo de su naturaleza oportunista y ambiciosa. Esas personas sabían cómo manipular las mentes de los demás, especial en un momento de vulnerabilidad como aquel. Esperaba que aquel hombre no estuviera insinuando que le entregara Agnar, pero una vez más, su mirada lo volvía todo demasiado claro.

Agnar era un hermoso caballo, siempre había sido objeto de elogios por los más experimentados jinetes y dueños de caballerizas. Su cabello era resplandeciente y fuerte, sus pasos ágiles y delicados, y nunca se había enfermado de gravedad. Era obediente y al mismo tiempo elegante... y había sido un regalo de Ädem. Estaba segura de que Agnar pudo haber sido lo opuesto a lo que era ahora y, de todas maneras, nada llegaría a tentarme lo suficiente como para desprenderme de él.

-¿Qué clase de intercambio? -dije finalmente.

-Me parece que ya lo sabes -sus ambiciosos ojos se posaron en Agnar. Sentí una oleada de ira y desesperación que hicieron que el dolor de mis heridas emulsionara.

-Agradezco de corazón tu oferta, pero debo rechazarla -repliqué, observando con mucha atención hasta los más imperceptibles movimientos del dispar grupo, pero los tres simplemente se quedaron tal cual estaban.

La desesperación gritaba en mi interior, tratando de convencerme en que debía enfocarme en llegar a Ädem, pero era imposible, jamás dejaría a Agnar. Sabía que mi caballo todavía podía andar, no a la misma velocidad que antes, pero al menos ese día había conseguido avanzar un amplio trecho. El cielo comenzaba a oscurecerse, y sabía que la caída de la tarde estaba llegando. De todas maneras, pronto me hubiese tenido que detener, pensé, tratando de hallar algún consuelo.

-Estaremos allá si cambias de opinión -dijo Kraz. Beha, la mujer, dejó el cántaro en el suelo, y sin decir una sola palabra, se alejó al lado de los otros dos.

Me enfoqué entonces en la pata de Agnar, la herida no era tan superficial como hubiese querido, pero tampoco era tan malo. No parecía haber daño en los músculos ni quebraduras en el hueso. Le di una fruta a mi compañero, y traje el cántaro hacia mí, su contenido me ayudaría a limpiar la herida. Me dediqué entonces a curarlo. Agnar era paciente y comprensivo. A pesar del dolor que sabía, probablemente estaba sintiendo, se quedó muy quieto, aguardando a que yo finalizara con mi

trabajo. Utilicé una manta vieja que usaba para dormir, y lo vendé tan bien como pude, esperando que todo estuviera mejor la mañana siguiente.

Con el restante de agua que quedó en el cántaro, limpié mis heridas y bebí lo poco que dejé hasta que estuviese vacío. Una vez de esa manera, puse en su interior varias monedas de plata.

Tampoco esa noche tuve un sueño reparador, pero al menos, dormí algo más que antes.

Cuando desperté, pude ver a Beha, dándole una fruta a Agnar. Su mirada se llenó de temor al notar que la había descubierto.

-Está bien, no hay ningún problema –le dije. A simple vista podía darme cuenta del tipo de mujer que era: asustadiza, viviendo constantemente bajo las órdenes de los hombres de su grupo. –Agradezco mucho el agua que me dejaste ayer.

Beha asintió, y acarició a Agnar con suavidad. No sentí en ella intenciones de hacerme algún daño, pero su presencia en ese lugar tampoco podía pasarla por alto.

-¿Dónde están todos? –pregunté tras alzar la vista y no encontrar más que el follaje verde que nos rodeaba.

Beha me observó, y con una sonrisa que era la mitad una disculpa y la otra sorna, saltó al lomo de Agnar y lo hizo cabalgar a todo trote, adentrándose más a lo profundo del bosque. En el suelo quedó el vendaje manchado con sangre... y vi que la pata de mi compañero estaba completamente sana.

Tomé mis pertenencias en un solo movimiento, y corrí con la esperanza de alcanzarlos. No podía ser tan difícil. El terreno no era apto para Agnar, como bien lo había señalado Braz el día anterior. Era un atajo, pero tampoco resultaba tan amigable. Lo importante era que no los había perdido de vista, y mientras pudiera observarlos todavía, la esperanza no iba a morir. Además, sabía reconocer con facilidad los cascos de mi caballo, y Beha no se estaba esforzando en esconder su rastro.

-A Agnar no, por favor –murmuré entre dientes, sin comprender cómo Beha lo había montado y cabalgado con tanta facilidad. Hice un silbido, el cual lo hizo relinchar, pude ver que mi compañero se detuvo confundido, y Beha luchaba con él.

Era mi oportunidad, pensé, mientras repetía el silbido, causándole más confusión a Agnar. La distancia entre nosotros disminuía, y sentí que casi los alcanzaba, pero Beha sacó unas hierbas del bolsillo de su túnica y se las lanzó a mi caballo, haciéndolo volver a galopar con vehemencia.

-¿Necesitas ayuda? –acompañada del sonido del trote de otro animal, escuché una vez más esa voz... aquella voz.

Sobre el lomo de aquella bestia desconocida que había visto con la caravana el día anterior, estaba él, Ädem.

## Capítulo 4

Una fracción de segundo. Eso fue lo que bastó para que su penetrante mirada me estudiara por completo. El sufrimiento, el cansancio, la confusión y el alivio que habían encontrado hogar en mi corazón, quedaron al descubierto con aquel sencillo gesto. No era algo típico en mí, y también él lo notó.

-Corazón de fuego –dijo, quizá perdiéndose él también en la confusión de aquel estado que me hacía parecer irreconocible. Toda la vulnerabilidad que durante tantos años había dejado detrás del telón, se fracturó por primera vez.

Corazón de fuego. Esa forma en la que me había llamado tan solo en unas cuantas ocasiones, hizo que mi pecho ardiera con desenfreno. Era un recordatorio, una forma de decirme una vez más quién era yo y quién debía ser.

Me había apoderado de ese nombre, y lo llevaba con orgullo desde que escapó de sus labios por primera vez. Ese nombre que significaba fortaleza y osadía, que demostraba pasión y entrega. Esa era y sería yo hasta el día que mi fin me encontrara.

Sin detener la marcha por completo, Ädem extendió su mano, y aferrándome a él, yo también monté sobre la espalda de aquel ser casi sobrenatural.

-Jamás pensé que te encontraría en este lugar –pude decir sin que en mis palabras traslucieran todas las emociones que gobernaban mi ser por completo. Estar tan cerca suyo, sentir su cuerpo. Esas eran cosas con las que ni si quiera valía la pena tener fantasías. Pero ahí estábamos los dos, en una situación que parecía sacada de una historia remota y mágica.

Ädem no respondió más, simplemente se enfocó en no perder el rastro de Agnar y Beha. El silencio era habitual en él. Muchas veces me había preocupado por eso, por esa carencia tan evidente que manifestaba con una dominante frecuencia. Lo cierto era que pensaba mucho y muy bien sus palabras, que prefería mantenerse al margen de las circunstancias sin tener que atarse a un discurso que podría demostrar su verdadero carácter. Era algo a lo que no me había terminado de acostumbrar, pero de lo que, sin embargo, pude llegar a entender en él. Ädem era un laberinto de puertas cerradas y muchas de ellas era mejor dejarlas así.

No tuvo que transcurrir ni un minuto para que alcanzáramos a Beha. El galopar de aquel extraño ser apenas se sentía, era como si estuviese

avanzando sobre las nubes, parecía que no estuviese tocando el suelo. Ädem sacó una daga, y con un movimiento rápido y certero, rasgó las riendas de mi caballo, haciendo que Beha perdiese el control y el equilibrio, lo cual terminó en una inevitable caída.

-Agnar –llamé a mi compañero, quien cabalgó unos cuantos pasos para adaptar su velocidad, para después regresar hasta donde estábamos.

Ädem hizo lo mismo, rodeando a Beha que no se levantaba aún después de la caída. Me bajé de inmediato de la exótica bestia, y recibí con los brazos abiertos a Agnar. Tras una rápida inspección en la que comprobé que todo estaba bien, me volví hacia ella.

-¿Por qué lo hiciste?

-¿Por qué lo hice? –replicó en la lengua de las tribus del norte. Había aprendido un poco del dialecto en la academia, pero no estaba segura de poder mantener una conversación totalmente coherente con ella. Ädem por su parte, desde niño había tenido la obligación de conocer los dialectos de cada uno de los principales reinos del continente. –Porque alguien más robó mi único medio de escape.

La observé dubitativa por algunos segundos, tratando de atar cabos. La desaparición de la caravana, y el hecho de que Ädem estuviera en el lomo de aquella bestia. Algo me decía que ambos estaban conectados.

-Cuéntame lo que sucedió, por favor –le pedí, utilizando su misma lengua.

Tras inspeccionarme con la mirada, evaluando si valía o no la pena hacerlo, Beha tomó aire y me contestó:

-Fui comprada por los hombres del campamento que viste. Justo en el momento en que se dio a conocer la muerte de los reyes en Therlas, los pueblos que se encuentran lejos de la ciudad comenzaron a ser atacados. Entre ellos estaba mi pueblo. Era algo totalmente previsible, en especial tomando en cuenta que todos los guardianes de los pueblos y aldeas pequeñas que están esparcidos a lo largo del territorio de nuestro reino, fueron localizados en otros sitios: en los caminos reales y especialmente en los alrededores de la ciudad principal –explicó ella con una expresión de odio. Sabía que éramos extranjeros, y eso nos podía poner en el mismo espectro de cinismo aquellos que habían saqueado su hogar. En el rostro de Ädem, pude descubrir que la muerte de los reyes de Therlas, no era noticia para él. Su presencia en sí podía ser quizás un signo aún más evidente que eso. No podía engañarme: el hecho de encontrar a Ädem allí no era un milagro del cielo ni un regalo del destino. –Fueron tan solo unos minutos los que pasaron tras el anuncio la muerte de nuestros reyes, y enormes grupos de caravanas y saqueadores llegaron y empezaron a

destruir todo lo que pudieron, y llevarse lo restante. A las mujeres y los niños, decidieron venderlos en una especie de subasta. Yo tuve la mala fortuna de ser adquirida por ese grupo de mercaderes ladrones y asesinos. Viajamos por un par de días, estaba esperando la oportunidad para poder atacarlos una vez que estuviese lejos del camino. Los guardias reales no se harían cargo o se responsabilizarían de mí, mucho menos en un momento tan crítico como el que estamos, así que esperé a nos adentrásemos en el bosque para hacerme cargo. Tenía listo mi plan, pero esa noche, un asesino silencioso, se encargó de arruinarlo. –sus ojos se posaron en los de Ädem, pero como de costumbre, él no se inmutó. –Sin muchas contemplaciones, asesinó a los miembros de esa caravana, escondió los cuerpos y las tiendas, y se hizo de mi medio de transporte, y silenciosamente desapareció. Pero entonces, ¿por qué no me mató a mí también?

Exacto, ¿por qué no la había matado a ella también?

Sin decir una sola palabra, Ädem se alejó de ella, y cabalgando sobre la espalda de aquella bestia, se adentró al bosque, volviendo en la dirección por la que nos habíamos encontrado.

-Ven conmigo –le dije, subiendo al lomo de Agnar. Esas eran las típicas acciones por parte de Ädem que tenía que adivinar. Me preguntaba si realmente había matado a esos mercaderes y cómo había logrado por cuenta propia. No me consideraba una experta en las habilidades de Ädem, pero me costaba creer que él solo pudiese hacerse cargo de un grupo de por lo menos quince, sin recibir ni un rasguño. Lo que quería decir probablemente era que no se encontraba totalmente solo. –Anda, no tenemos todo el día.

Beha subió sobre Agnar a regañadientes. La mirada que clavó sobre mí me dejó muy en claro que debía estar pendiente de todas sus acciones y movimientos.

-¿Cómo pudiste controlarlo? A mi caballo –la interrogué. Ese comportamiento atípico por parte de Agnar me había dejado perpleja.

-Tengo un don –fue lo que dijo a secas. Esa respuesta mitigó mis deseos de continuar la conversación.

Llegamos hasta el sitio donde Ädem se había detenido. Ahí estaba también Revn, quien era su escolta, su caballero más cercano y además su primo. Al verme, Revn sonrió y le devolví el gesto. Me tranquilizaba verlo ahí también.

-Imagino que fue una casualidad que nuestros caminos se encontraran

-dijo Revn, prestándome su brazo para bajar de Agnar.

-Así es, una muy oportuna –repliqué, mirando la espalda de Ädem que se alejaba.

-Él está bien. Estaba en camino hacia la ciudad de Therlas para dejar sus respetos y tratar de conversar con Ilesya. Sabemos que las obras fúnebres no se celebran aún, por eso vinimos solamente él y yo. Ädem piensa que un encuentro más íntimo con la princesa y menos político, le permitirá manejar mejor sus posibilidades. En unos días vendrá el resto de la escolta y el cuerpo diplomático de Fhorem para participar del funeral –explicó con practicidad Revn. Solamente él y una doncella sabían la estrecha relación que Ädem y yo manteníamos. Revn era de la completa confianza de Ädem, por lo que él también sabía que yo debía estar informada también de sus movimientos.

-Yo iba en camino al reino tan pronto como me enteré. Jamás pensé que las noticias viajarían tan rápido –repliqué.

Desde que te fuiste algunas cosas han pasado. Ädem y la princesa han intercambiado su correspondencia utilizando un medio de transporte tan veloz que las noticias son casi inmediatas –explicó Revn. Beha estaba todavía sobre Agnar, a una distancia donde difícilmente podría escuchar nuestra conversación. Al notar que Revn la observaba, señalé:

-Al menos es sensata. Está en desventaja y no ha intentado volver a escapar. ¿Ädem tiene planes con ella?

-Así parece. ¿No te gustaría buscar algo de leña para el desayuno? –preguntó Revn. –Yo me haré cargo de ella.

-De acuerdo –contesté, a sabiendas de que esa era una señal, una oportunidad para poder conversar las cosas con Ädem con más tranquilidad.

Me acerqué a él, quien veía a aquella bestia aplacando su sed en un riachuelo que pasaba por ahí.

-Me alegra ver que te encuentres bien. Siento mucho no haber podido llegar a tiempo –le dije con suavidad.

-Fuego... -así era como usualmente me nombraba. –Necesito que regreses a Fhorem. Es importante que las escoltas lleguen a Therlas en condiciones óptimas. Partirán en dos días más, pero necesito que todo esté en orden.

-Comprendo –dije. Si partía en ese mismo instante, llegaría con una tarde de anticipación, lo cual me daría el tiempo suficiente para dar un recorrido

por Fhorem. –¿Qué haremos con la extranjera?

-Se quedará con nosotros. Necesito a alguien como ella.

Necesitaba ojos en la ciudad. Mientras que Revn lo acompañaba en las actividades en el castillo, Beha sería perfecta para adentrarse en las calles del reino y conseguir información, especialmente al hablar la lengua del norte. Sin embargo, ¿confiaría Ädem en ella tan pronto? Ella ya no tenía nada y Ädem tendría mucho que ofrecer, ¿acaso la contrataría, o sería más bien que sabía la manera de tenerla bajo su control?

-Entendido. Partiré de inmediato a Fhorem –le dije, dispuesta a irme.

Por más que quisiera extender esa conversación, ese tiempo a su lado, era más importante mi deber. Permanecer a su lado solo haría que todo se volviera más doloroso en el futuro. Sí, yo amaba a ese hombre, pero sabía que en su frío corazón no existía esa clase de afecto para mí ni para nadie. Sabía que él también estaba atado a la posible unión con Ilesya o con cualquier otra princesa que hiciera crecer y le diera fortaleza a nuestro reino. Y era por eso que había decidido dejar esos sentimientos por siempre encerrados en mi corazón. No me entregaría a nadie más, porque mi corazón estaba con él y su reino. No importaba el hecho de saber que jamás sería correspondida, porque para mí era mucho más valioso mantenerme a su lado, cuidando de él, siendo su escudo y su Corazón de Fuego.

-Fuego –me llamó cuando comencé a alejarme. –Esto es para ti.

Ädem estaba extendiendo una espada cubierta en una hermosa vaina azul y plateado con incrustaciones de zafiro negro. La empuñadura era plateada, tallada con un diseño delicado y familiar, tenía elementos que formaban parte de la identidad de nuestro reino. La tomé entre mis brazos, estaba sumamente fría y tenía un peso cómodo. Podía adivinar lo filosa que estaba.

-Nos veremos en unos cuantos días –se apresuró a decir, antes de poder agradecerle por el regalo.

Se adelantó, llevándose a la misteriosa bestia, dejándome con la espada. No iba a volver por Agnar aún. Sabía que era mejor dejar a Ädem regresar solo al sitio donde estaba Revn. De lo que no estaba segura era si hacía eso por costumbre o por miedo a decir algo de lo que después se arrepentiría.

Me quedé rezagada, tratando de entretenerme con el follaje de un arbusto que había en el camino, cuando de pronto, me pareció ver algo extraño en él. Algunas de sus hojas parecían haberse acomodado de manera que se formó el rostro de una persona en su espesura. Miré a mi alrededor, para

asegurarme que nadie más me observaba.

-Eso quiere decir que así es como realmente se ve –esa voz. De nuevo había escuchado esa voz. El rostro en medio del arbusto era el de aquel hombre mágico que me había encontrado dos días atrás. Entonces no había sido un sueño. Mi corazón se estremeció, como el temblor de la luz de una vela.

-¿Has estado siguiéndome?

-He estado siempre contigo. Te dije que quería que nos conociéramos.

-No estoy segura de que puedas lograrlo.

-Ya tenía previsto desenterrar secretos. Si fuera fácil, no me tomaría la molestia de haberte elegido.

-Me encantaría que me cuentes tus planes, pero desafortunadamente tengo prisa.

Dicho esto, me encaminé hasta donde estaba Agnar. En mi semblante se dibujaba esa extraña sensación de alegría que de pronto me inundaba al haberme encontrado una vez más a aquel misterioso hombre. Era tal la emoción que dejé pasar por alto el hecho de que hubiese visto la apariencia de Ädem. No lo entendía, pero tampoco quería hacerlo. La dicha era un sentimiento que no experimentaba con frecuencia, así que al menos ese día, por unos segundos, trataría de permitírmelo.

Al llegar al sitio donde se reunían los demás, pude ver que Revn había preparado a Agnar y había colocado en sus alforjas nuevas provisiones. Le sonreí y agradecí el gesto. Creo que pudo notar que esa sonrisa estaba desde que avanzaba hasta ellos. Tal vez pensaría que la razón era Ädem, pero no le daría explicaciones.

Así, sin más dilaciones y con una despedida concisa, retomé mi marcha hacia Fhorem, con la esperanza de encontrar una vez más al misterioso hombre en mi camino.